

Miércoles de Ceniza



La liturgia renovada ha querido mantener la importancia tradicional de este día, originariamente destinado a introducir a los penitentes en la penitencia pública, entre otros ritos, mediante el gesto de origen bíblico de la imposición de la ceniza.

Cuando en el siglo IX la penitencia pública empezó a dar paso a la confesión privada y a la absolución individual de los pecados, el rito de la imposición de la ceniza, lejos de desaparecer, fue aplicado a todos los fieles.

Hoy la ceniza es contemplada en el Misal no tanto como un recuerdo de que el hombre es polvo (cf. Gén 3,19), cuanto como un signo de una voluntad de conversión y de renovación pascual: *«Convertíos y creed en el Evangelio»* (Mc 1,15).

Asimismo resulta significativo el momento en que debe hacerse el rito: después de la homilía, para mostrar cómo la conversión y la penitencia surgen de la interpelación

que nos hace la Palabra de Dios.

Por su parte, las lecturas contienen una fuerte llamada a la interiorización de las obras penitenciales de la Cuaresma (Evangelio: Mt 6,1-6.16-18) y a la autenticidad de la conversión (1ª Lectura: Joel 2,12-18). La segunda lectura (2 Cor 5,20-6,2) es un magnífico pregón cuaresmal: *«Os lo pedimos por Cristo: dejaos reconciliar con Dios... Ahora es el tiempo de la gracia, ahora es el día de la salvación»*.

Convertirse quiere decir volverse hacia Dios. Supone más un dirigirse hacia Alguien que llama que un desprenderse del egoísmo y optar por una nueva concepción de la vida. Para acoger un mensaje, hay que elevar ante todo los ojos hacia el mensajero.

Por este motivo, Jesús hizo una llamada a la conversión en el momento en que iba a anunciar a los hombres la Buena Nueva del Reino de Dios, y Pedro reitera esa misma llamada el día de Pentecostés. La conversión, a la que somos invitados, consistirá, ante todo en una intensificación de nuestra relación personal con Jesús.

El espíritu que debe presidir la Cuaresma está sintetizado en la oración colecta:

*«Señor, fortalécenos con tu auxilio al empezar la Cuaresma
para que nos mantengamos en espíritu de conversión;
que la austeridad penitencial de estos días
nos ayude en el combate cristiano
contra las fuerzas del mal»*

PRIMERA LECTURA

Rasgad los corazones y no las vestiduras

Lectura de la profecía de Joel 2, 12-18

«Ahora —oráculo del Señor— convertíos a mí de todo corazón con ayuno, con llanto, con luto.

Rasgad los corazones y no las vestiduras; convertíos al Señor, Dios vuestro, porque es compasivo y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad; y se arrepiente de las amenazas.»

Quizá se arrepienta y nos deje todavía su bendición, la ofrenda, la libación para el Señor, vuestro Dios.

Tocad la trompeta en Sión, proclamad el ayuno, convocad la reunión.

Congregad al pueblo, santificad la asamblea, reunid a los ancianos.

Congregad a muchachos y niños de pecho.

Salga el esposo de la alcoba, la esposa del tálamo.

Entre el atrio y el altar lloren los sacerdotes, ministros del Señor, y digan:

— «Perdona, Señor, a tu pueblo;
no entregues tu heredad al oprobio,
no la dominen los gentiles;
no se diga entre las naciones:
¿Dónde está su Dios?
El Señor tenga celos por su tierra,
y perdone a su pueblo.»

Palabra de Dios.

Salmo responsorial

Salmo 50, 3-6a.12-14.17

V/. Misericordia, Señor: hemos pecado.

R/. Misericordia, Señor: hemos pecado.

V/. Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito, limpia mi pecado.

R/. Misericordia, Señor: hemos pecado.

V/. Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra ti, contra ti sólo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

R/. Misericordia, Señor: hemos pecado.

V/. Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.

R/. Misericordia, Señor: hemos pecado.

V/. Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso.
Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

R/. Misericordia, Señor: hemos pecado.

SEGUNDA LECTURA

Reconciliaos con Dios: ahora es tiempo favorable

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios

5, 20-6, 2

Hermanos:

Nosotros actuamos como enviados de Cristo,
y es como si Dios mismo os exhortara por nuestro medio.

En nombre de Cristo
os pedimos que os reconciliéis con Dios.

Al que no había pecado
Dios lo hizo expiación por nuestro pecado,
para que nosotros, unidos a él,
recibamos la justificación de Dios.

Secundando su obra,
os exhortamos a no echar en saco roto la gracia de Dios,
porque él dice:

«En tiempo favorable te escuché,
en día de salvación vine en tu ayuda»;

pues mirad, ahora es tiempo favorable,
ahora es día de salvación.

Palabra de Dios

EVANGELIO

Tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará

✠ Lectura del santo evangelio según san Mateo

6, 1-6.16-18

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial.

Por tanto, cuando hagas limosna, no vayas tocando la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; os aseguro que ya han recibido su paga.

Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará.

Cuando recéis, no seáis como los hipócritas, a quienes les gusta rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vea la gente.

Os aseguro que ya han recibido su paga.

Tú, cuando vayas a rezar, entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.

Cuando ayunéis, no andéis cabizbajos, como los hipócritas que desfiguran su cara para hacer ver a la gente que ayunan.

Os aseguro que ya han recibido su paga.

Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará.»

Palabra del Señor.

LA CUARESMA

Las tres lecturas de hoy expresan con claridad el programa de conversión que Dios quiere de nosotros en la Cuaresma: *convertíos y creed el Evangelio*; convertíos a mí de todo corazón; misericordia, Señor, porque hemos pecado; dejaos reconciliar con Dios; Dios es compasivo y misericordioso...

Cada uno de nosotros, la comunidad, y la sociedad entera, necesita oír esta llamada urgente al cambio pascual, porque todos somos débiles y pecadores, y porque sin darnos cuenta vamos siendo vencidos por la dejadez y los criterios de este mundo, que no son precisamente los de Cristo.

La Cuaresma: no es una simple devoción, ni sólo unos días de mortificación, ni mucho menos un tiempo de "tristeza" y aflicción aunque sea por la meditación de la Pasión de Jesús.

Cuaresma es un programa, un camino para revisar y renovar nuestro ser cristianos, que consiste radicalmente en vivir la vida de Cristo ya desde ahora, mientras somos peregrinos y testimonios del Reino de Dios.

La triple dirección de la conversión que apunta el evangelio:

- a- la apertura a Dios, que es escucha de la Palabra, oración personal y familiar, participación más activa y frecuente en la Eucaristía y el sacramento de la Reconciliación,
- b- la apertura a los demás: con la obra clásica cuaresmal de la limosna, que es ante todo caridad, comprensión, amabilidad, perdón, aunque también limosna a los más necesitados de cerca y de lejos,
- c- el ayuno, que es autocontrol, búsqueda de un equilibrio en nuestra escala de valores, renuncia a cosas superfluas, sobre todo si su fruto redundará en ayuda a los más necesitados.

Las tres direcciones, que son como el resumen de la vida y la enseñanza de Cristo, nos ayudan a reorientar nuestra vida en clave pascual.

LA CENIZA

Hoy el signo identificador del inicio de la Cuaresma es la ceniza. En la imposición tenemos dos fórmulas, igualmente tradicionales: "Convertíos y creed el Evangelio", o "Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás". El sentido de la conversión penitencial y el de la caducidad son igualmente "predicables" al hombre de hoy: en esta vida, hay que ir consumiendo el hombre viejo para alcanzar el fuego y la luz del hombre nuevo, resucitado, en la Pascua.

BENDICIÓN E IMPOSICIÓN DE LA CENIZA

La sugestiva ceremonia de la **ceniza** eleva nuestras mentes a la realidad eterna que no pasa jamás, a Dios; principio y fin, alfa y omega de nuestra existencia.

La conversión no es, en efecto, sino un **volver a Dios**, valorando las realidades terrenales bajo la luz indefectible de su verdad.

Una valoración que implica una conciencia cada vez más diáfana del hecho de que estamos de paso en este fatigoso itinerario sobre la tierra, y que nos impulsa y estimula a trabajar hasta el final, a fin de que el Reino de Dios se instaure dentro de nosotros y triunfe su justicia.

Después de la homilía, el sacerdote dice:

Con actitud humilde oremos, hermanos, a Dios nuestro Padre, para que se digne bendecir con su gracia estas cenizas que vamos a imponer en nuestras cabezas en señal de penitencia.

Y después de un breve silencio oracional, prosigue:

Oh Dios que te inclinas ante el que se humilla y encuentras agrado en quien expía sus pecados; escucha benignamente nuestras súplicas y derrama la gracia de tu bendición sobre estos siervos tuyos que van a recibir la ceniza, para que, fieles a las prácticas cuaresmales, puedan llegar, con el corazón limpio, a la celebración del misterio pascual de tu Hijo. Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

o bien:

Oh Dios, que no quieres la muerte del pecador, sino su arrepentimiento; escucha con bondad nuestras súplicas y dínate bendecir esta ceniza que vamos a imponer sobre nuestra cabeza; y porque sabemos que somos polvo y al polvo hemos de volver, concédenos, por medio de las prácticas cuaresmales, el perdón de los pecados; así podremos alcanzar, a imagen de tu Hijo resucitado, la vida nueva de tu reino. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



Y en silencio asperja con agua bendita las cenizas. Seguidamente, el sacerdote impone la ceniza a todos los presentes que se acercan hasta él; a cada uno le dice:

Conviertete y cree en el Evangelio (Mc. 1, 15)

Mientras tanto se canta.

SUGERENCIAS

La prioridad del corazón.

Con el término corazón se quiere decir la interioridad, no en oposición, sino como cauce de toda acción exterior de reconciliación y penitencia. Por ello, no hablamos de exclusividad, sino de prioridad.

Con una expresión muy lograda, el profeta Joel aboga por esa prioridad: "*Rasgad vuestro corazón, no vuestras vestiduras*" (primera lectura). Es evidente que el profeta no entiende la expresión en modo excluyente, ya que en el versículo 15 continúa: "*Promulgad un ayuno, purificad la comunidad, entre el atrio y el altar lloren los sacerdotes*", acciones todas ellas exteriores.

El texto evangélico pone ante nuestros ojos a Jesús llevando al grado máximo de interioridad las tres prácticas típicas de la religión judía, y podemos decir que de toda religión, incluida la cristiana:

La **limosna**, que hoy podríamos traducir con caridad, solidaridad, asistencia social, voluntariado, es decir, todas las formas posibles de ayuda al necesitado. Jesús nos enseña el estilo propio de hacer caridad: en secreto, sin ostentación alguna, buscando únicamente complacer a Dios y llevar a cabo en el mundo su santísima voluntad.

La **oración**, es decir, todo el conjunto de actividades espirituales que ligan al hombre con Dios. Desde la santa Misa a la oración privada, desde la meditación a la oración litúrgica, desde el sacramento de la penitencia a las diversas formas de religiosidad popular.

Para el cristiano lo que cuenta es que, cualquiera que sea la actividad espiritual, sea un verdadero encuentro con Dios Padre en la intimidad del corazón.

El **ayuno**, o sea, todo aquello que implique renuncia de uno mismo, desprendimiento de sí para ganar en disponibilidad para con Dios y para con el prójimo. Pueden ser los sacrificios voluntarios, las pequeñas molestias de la vida de cada día, el asumir con decisión y coraje las pruebas de la vida, la lucha constante y valiente contra las tentaciones...

Aquí lo importante es el gozo espiritual con que se afrontan todas estas situaciones, un gozo que repercute en la actitud y en el comportamiento para con Dios y para con los hombres.

Ministros de reconciliación.

"Somos embajadores de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por medio de nosotros", nos dice san Pablo en la segunda lectura, y añade: "Ya que somos sus colaboradores, os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios". San Pablo nos muestra la dimensión eclesial de la reconciliación.

Es Dios quien pone en el corazón del hombre el don de la reconciliación (dejaos reconciliar por Dios), y es el hombre el que lo acoge (o lo rechaza), pero la Iglesia es el instrumento elegido por el mismo Dios para que nos esté recordando por medio de sus ministros este don extraordinario, y

es al mismo tiempo la mediadora querida por Dios de toda reconciliación. Por eso, para la Iglesia es una exigencia de su fidelidad a Dios tanto el predicar en todas partes y de todos los modos posibles la reconciliación con Dios y entre los hombres, cuanto administrar eficazmente esa reconciliación por medio del sacramento de la penitencia y del perdón.

La liturgia de hoy es una advertencia nítida a los obispos y sacerdotes para que siempre estén preparados para promover la reconciliación, y disponibles para reconciliar al hombre con Dios y con sus hermanos por medio del sacramento.

Globalizar la reconciliación

Con este término se trata de extender la reconciliación a todos los hombres, en todas las latitudes y en cualquier estrato de la sociedad.

Como católicos, hemos de reconciliarnos primeramente con nosotros mismos, con nuestra conciencia puesta delante de Dios y de su voluntad. A la vez, hemos de buscar la reconciliación dentro de la misma Iglesia católica, pues una persona o una comunidad no reconciliadas no podrán tampoco reconciliar a otros.

Bajo el impulso y la guía del Santo Padre y de nuestros Obispos hemos de promover la reconciliación con todas las comunidades cristianas separadas de la Iglesia católica: con nuestra oración, con nuestro testimonio, con nuestra solidaridad, con nuestra ayuda material o espiritual.

Se ha de promover por igual la reconciliación con los miembros de otras religiones (judíos, musulmanes, budistas, hinduistas...). Es probable que dentro de nuestras mismas parroquias haya miembros de otras Iglesias cristianas, o de otras religiones: habrá que comenzar por ellos el impulso y el deseo de reconciliación.

La reconciliación global abarca otros sectores de la vida, además del religioso: reconciliación del Norte más desarrollado y del Sur, que lo está menos, a nivel mundial o a nivel nacional; reconciliación entre laicistas, no pocas veces hostiles a todo sentido religioso, y creyentes, que a veces exageran los comportamientos laicistas; reconciliación entre los emigrantes, provenientes de países en guerra o en condiciones económicas mínimas, y los habitantes de los países que los acogen.

La reconciliación permanente.

El fenómeno de la globalización reclama una reconciliación permanente, en constante reciclaje. El hombre, las comunidades humanas no se reconcilian de una vez para siempre, sino que necesitan mantenerse en actitud continua de reconciliación. En la reconciliación sucede lo que en el amor: si no se alimenta, se enfría, se debilita y muere. Día tras día hay que renovar la actitud del alma hacia la reconciliación, y hay que ejercitarse en actos de reconciliación, por pequeños que sean, para mantenerla viva y para hacerla crecer.

ALGUNAS REFERENCIAS DEHONIANAS

Con sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella te sacaron; pues eres polvo y al polvo volverás. (Gen 3,19)



El recuerdo del pecado y de la muerte

¿Qué es el polvo y la ceniza? Es signo de destrucción; es el sello que el tiempo, el incendio y la muerte imprimen a las cosas de la tierra. ¿Qué queda de los monumentos más famosos de la antigüedad, de las capitales más ilustres, de la Roma antigua, de Atenas, de Tebas, de Babilonia? Ceniza y polvo.

¿Dónde están esos edificios suntuosos, esas obras de arte que eran maravillas del mundo? Ceniza y polvo. ¿Dónde están los restos de los héroes y de los sabios de otrora? Ceniza y polvo.

La Iglesia quiere que después de las fiestas mundanas de los días pasados y antes de la gran cuarentena, recordemos la vanidad de las cosas humanas; pero quiere sobre todo que meditemos sobre nuestro origen, sobre nuestra creación, sobre el pecado del primer hombre y de sus consecuencias: "*Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás*". Es la sentencia divina después de la caída. El hombre fue sacado del barro, no debía volver a él. Debía ser confirmado en gracia y glorificado en su cuerpo tal como en el alma. Pecó y con el pecado la muerte entró en el mundo: "*por el pecado, la muerte*" (Rom 5,12).

¡Qué estragos! La concupiscencia y la muerte son los frutos del pecado.

La Iglesia nos propone hoy esta meditación fundamental.

Pequé en Adán, pequé durante toda mi vida, morí.

Perdón, Señor, por los pecados de todos mis hermanos en Adán, perdón por todos los míos. Lloro por haberos ofendido y ultrajado. Moriré, pero primero quiero reparar mis faltas, disiparlas por la penitencia y merecer la resurrección, por la gracia de vuestro Corazón inmolado y misericordioso.



Signo de debilidad

Signo de debilidad. ¿Qué soy yo? Ceniza y polvo. El polvo se lo lleva el viento. Así sucede con mi pobre naturaleza. Estoy expuesto a todo viento de tentación. Mi voluntad es volátil como el polvo. ¿De qué puedo, entonces, enorgullecerme? ¡Qué lección de humildad!

Por qué el barro y la ceniza se ufanan, pregunta el sabio (Si 10,8). Todos los hombres, dice todavía, son únicamente tierra y ceniza (17,31). Los pueblos, después de un fugaz brillo, son como un montón de ceniza después del incendio, dice Isaías (33,12).

Nuestra vida desaparecerá como se extingue una chispa, dice el sabio, y nuestro cuerpo quedará reducido a cenizas (Sb 2,3).

Abrahán decía: "¡Mira que soy atrevido de interpelar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza!" (Gn 18,27). Sin embargo habló a Dios con humildad y confianza.

Tal debe ser el fruto de esta ceremonia. Debe recordarme, todos los días, de mi nada y de mi fragilidad. El signo material se queda en mi frente, pero el pensamiento que le da sentido debe permanecer gravado en mi memoria.

Soy sólo nada, sin embargo iré al encuentro de Dios, pero iré con humildad. Iré lamentando mis faltas, iré haciendo reparación y confesión pública de mis pecados y de los de mis hermanos.

Iré con conciencia de mi flaqueza, pero aún así con confianza, porque Dios es bueno, porque el Hijo de Dios tiene un corazón para amarme y abrir ese corazón para dejar fluir sobre mi alma el perfume de su misericordia.



Símbolo de penitencia

La ceniza siempre simbolizó penitencia. Quien pone ceniza sobre su cabeza y sobre sus ropas quiere significar que está tan triste que descuida su apariencia.

Judit, en su luto patriótico, echa ceniza sobre su cabeza. Mardoqueo expresa del mismo modo el luto de su pueblo. Los Macabeos lloraban y se cubrían de ceniza.

En otro sentido, la ceniza de la ternera inmolada es mezclada con el agua para conseguir el agua purificadora que lavaba las manchas legales (Nm 19,2). Los que eran asperjados con esta ceniza húmeda eran purificados, porque participaban del sacrificio.

Nuestro Señor alude a la ceniza como símbolo de penitencia, cuando nombra a las ciudades pecadoras, Betsaida y Corazím: "Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que en sayal y ceniza se habrían convertido." (Mt 11,21).

¿Cómo haré penitencia en esta Cuaresma? Cumpliré primero, en cuanto sea posible, los preceptos de la Iglesia sobre la abstinencia y el ayuno, después moriré a mi hábitos, a mi tibieza, a mi cansancio, a mi sensualidad, a mi genio.

¡Que la ceniza sobre mi cabeza exprese esta muerte! ¡Que yo muera por la penitencia para revivir por la gracia! Pero que no olvide cuál es la penitencia preferida por el Sagrado Corazón de Jesús: es la penitencia del amor, es el que me pese por haber ofendido al mejor de los padres y de los amigos, el Salvador y el Redentor de mi alma.

+ *Resolución* - Estoy triste y siento necesidad de hacer penitencia hasta el día de la resurrección pascual. Todos los días expresaré mi penitencia en este espíritu de amor, y realizaré, por la mortificación, un verdadero cambio de vida. Unirme al Corazón de Jesús, víctima de la reparación y de la salvación.

+ *Coloquio* con Jesús al fijar la penitencia.

P. León Dehon, "El año con el Sagrado corazón" (1909)